

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Sobre la Educacion de la mujer, por don A. P.—Amor Materno (Balada), por doña María del Pilar Sinués de Marco.—Los Escoberos, por Fernán Caballero.—La buena Cristel (Leyenda), por doña Dolores Cabrera y Heredia.—Variedades: El Cerezo, por don J. P.—Modas.

INSTRUCCION.

SOBRE LA EDUCACION DE LA MUJER.

Hace algunos años que una ilustre señora (1) publicó un libro, titulado, *Discurso sobre la educacion fisica y moral de las mujeres*, teniendo presente el precepto de Xenofonte, que dice que la buena educacion enseña á hacer buen uso de las leyes, y á hablar de lo justo, y á escuchar.

Creemos de alguna importancia este discurso para dejarnos de ocupar de él, dando una idea que pueda ser completa, á la vez que breve.

Considerando la educacion como el asunto de mas gravedad é importancia, y del que depende la felicidad pública y privada, porque si se consiguiese ordenar los individuos de manera que todos fuesen prudentes, instruidos, juiciosos y moderados, y que si cada familia fuese arreglada, unida y económica, resultaria necesariamente el bien general del Estado; se comprende que el mejoramiento de la educacion aumenta el número de las personas felices y las ventajas de los pueblos; y se perpetúan por el contrario los errores y los desórdenes, abandonada la educacion en la niñez.

De aquí el deber de los padres y de los profesores. No hay cosa que les sea á propósito que no puedan enseñar, ni virtud que no se haga comun, si los que tienen el cargo de la educacion é instruccion saben aprovechar.

(1) Doña Josefa Amar y Borbon, sócia de mérito de la Real Sociedad aragonesa, y de la Junta de Damas, unida á la Real Sociedad de Madrid.

Reconocida es la importancia de poner el mayor esmero en la educacion é instruccion de la mujer, por lo que aquella influye en todas las épocas de su vida, porque las mujeres están sujetas como el hombre á la práctica de la religion, y á la observancia de las leyes civiles del pais en que viven, obligaciones comunes á todo individuo, teniendo ademas las particulares del estado que abrazan, y de las circunstancias en que se hallan; porque su influjo en la familia es poderoso, y por último, por ser útil á ellas mismas, cuya suerte pende á veces del concepto que hacen formar, concepto que no debe estar basado solamente en el buen parecer, sino en no mirar con indiferencia las demas prendas.

Las gracias personales no establecen la verdadera felicidad: hay otras mas sólidas y permanentes, y que ademas de no desaparecer como aquellas, son de incontestable utilidad, y aun deben envidiarse, porque son adquiridas por la virtud y la aplicación.

Los hombres sensatos atenderán á estas cosas, que son la base mas segura para establecer el mútuo aprecio, para que el hombre halle en su casa y familia el centro de su descanso y el alivio de los pesares inevitables en el mundo. Descanso y alivio completo, si la discrecion de la mujer permite confiarle los secretos y alternar en una conversacion racional. ¿Qué enfado y desavenimiento causaria, por el contrario, á este hombre, una mujer que solo sepa hablar de sus adornos?

Al padre y á la madre pertenece la educacion de los hijos, pero siendo mas constante é inmediata la vigilancia de las madres, y el poder conocerlos mejor y corregirlos, comunmente se atribuyen á las madres los vicios de sus hijos; ya creyéndoles efecto de un

abandono ó descuido reprehensible, ya de una contemplacion indiscreta, que esteriliza el fruto que procuran con su trabajo algunos padres ó maestros. Una imprudente preferencia á uno de los hijos, es origen de algunos males, desconociéndose que el verdadero amor consiste en procurar el bien de todos ellos.

Los ocho primeros capítulos del discurso de que nos ocupamos, están dedicados á la educacion física de los niños, aun desde antes de su nacimiento; durante él, á las calidades que se requieren en las amas, al cuidado de los niños de pecho, al método de gobernarlos en su primera infancia; y ocupándose tambien de sus enfermedades, de sus vestidos, y del régimen de vida que conviene enseñar á las niñas. Prescindiendo del buen juicio de la autora, no puede menos de consignar muchos errores y preocupaciones que entonces se observaban como máximas, destruidas hoy por la ciencia.

Pero si en esto, que no es ahora de nuestro objeto, no hallamos la enseñanza que indudablemente se hallaba en su tiempo; en la segunda parte, ó sea en la que trata de la educacion moral, debemos detenernos, porque es educacion difícil é importante, que abraza la enseñanza é ilustracion del entendimiento, la regla y direccion de las costumbres, y lo que se llama buena conducta y manejo en todas las acciones.

En moral nada enseña como el ejemplo, y el de las madres, unido con la autoridad, es eficacísimo. Doña Lucía de Padilla, en un libro titulado *Nobleza virtuosa*, decía:

«A las hijas, mas con el ejemplo que con las palabras, las habeis de enseñar. Tenedlas á vuestro lado todo el tiempo que podais; que esta será para ellas una muy provechosa.»

Creyendo luego á su hijo en las circunstancias que debía para la eleccion de mujer, le dice entre otras cosas:

«La primera informacion para casaros, sea de la virtud, valor y talento que hubiere en la madre de la persona en quien pasierdes los ojos; porque casi siempre la comunican á las hijas: y si estas partes tuviere la que buscáis, no repareis en dote...»

Si las madres no observan la conducta debida, no basta tener buenas ayas ó maestros para cumplir con la obligacion del buen ejemplo. Las niñas se sujetarán al retiro y á la aplicacion, mientras lo sean; es decir, mientras el miedo ó la falta de libertad les precise á la obediencia; pero al ser mujeres, procurarán imitar lo mismo que vieron en sus madres.

Una educacion fundada en preceptos secos y rígidos, instruye poco y hace aborrecible la sujecion: las

ventajas de una conducta arreglada y juiciosa solo se persuaden bien con el ejemplo. Se imprime de tal suerte lo malo en la niñez, que casi todos los grandes vicios y crímenes de los que en ellos se han distinguido, son debidos á los malos preceptos y peores ejemplos.

De aquí la importancia de que los criados y cuantos han de tratar mucho con los niños, tengan buenas máximas y conducta. Los niños lo observan todo, aunque parece que no reflexionan en las cosas, y que mudan con facilidad de una á otra: les hacen impresion, y así se les nota repetir las palabras que oyeron, y recuerdan ciertas acciones que presenciaron. Si alguna vez no las reproducen con oportunidad, es por faltarles el juicio comparativo, que solo se adquiere con el tiempo y con otros conocimientos.

Nada puede descuidarse en la educacion de la niñez; hasta la curiosidad que tienen en preguntar cuanto ven, es útil sabiendo aprovecharla; y lo que á muchos parece impertinencia, es un medio seguro para irles instruyendo en lo que conviene, y descubrir desde entonces su talento, conforme fueren las preguntas. No se debe decirles algunas veces lo que desean saber cuando lo impida una razon justa; por lo demas, nunca se les contesta con desprecio ni desagrado: esto seria infundirles temor para que no vuelvan á preguntar, y privarles del único medio que tienen en aquella edad para ir cultivando su entendimiento y su razon.

La primera enseñanza que se ha de dar á los niños es la de respetar y obedecer á sus padres; fundamento de toda buena educacion, y virtud que se ha de practicar aun antes de tener conocimiento, por decirlo así, para habituarse á ella. Y si los niños, como dice Fenelon, comprenden las cosas mucho antes de lo que se cree, desde la cuna, á ser posible, debe començar esta instruccion, así como conviene desde entonces ordenar sus deseos, si no con las palabras, con el semblante, con ese lenguaje mudo que impone ó alegra á los niños.

El amor, el respeto, la dulzura, la seriedad, el premio, el castigo, la alabanza, la represion, todo debe emplearse segun las circunstancias, y con arreglo á los caracteres de los niños, para infundirlos ese respeto, esa veneracion debida á los padres, de quienes han de ser un día el apoyo.

Al presentar como el primer deber la obediencia y respeto á los padres, no se ha olvidado el conocimiento de Dios y de la religion, que es el deber mas esencial del cristiano; sino que, como pertenece á los padres enseñarla, es preciso empezar por el conocimiento de cuanto deben á estos; y aprendiendo

así á obedecer y á respetar, admiten despues sin violencia la doctrina y la correccion.

Las primeras palabras deben emplearse en invocar á Dios, y á los primeros destellos de su inteligencia conviene enseñarles á desear lo bueno y aborrecer lo malo; y es opinion general que si en lugar de fomentarles vanos temores de apariciones, de muertos y fantasmas, se procurase inspirarles una idea agradable del bien y espantosa del mal, esta preparacion sola les facilitaria en adelante la práctica de todas las virtudes.

Pero este asunto ya merece un poco mas de estension de la que podemos dar á este artículo. En el próximo nos ocuparemos de él, continuando el exámen del discurso de la señora Amar y Borbon, que consideramos de especial interés para nuestras lectoras.

A. P.

LITERATURA.

AMOR MATERNO.

Valade.

¡Pobre Lisa!... entristecida
Y absorta está contemplando
La marea embravecida,
Mientras su faz dolorida
Va llanto amargo surcando!

Tiene un niño
Entre sus brazos
Que la mira
Con amor;
¡Pobre Lisa!
¡Pobre niño!
¿Adivina
Su dolor?

Tal vez que en sus lábios rojos
No se advierte una sonrisa,
Y tan solo se divisa
Hondo pesar en sus ojos....
¡Pobre niño! pobre Lisa!

¡Pobre Lisa!
¡Y cuán bella!
Atesora
Gracias mil!
¡Pobre niño!
¡Cuán hermosa
Es tu cara
De marfil!

—Duerme, mi bien, y no llores—

La triste madre cantó:

—Duerme flor de mis amores....

¡Borre el sueño tus dolores,

Ya que pan no tengo yo!

Esas ondas
Sepultaron
Á tu padre
Sin piedad,
Y nos dieron
Por herencia,
Hambre, duelos
Y orfandad!

¡Palideces, amor mio!

Mira, Dios santo, mi afán!...

¡Piedad de mi duelo impío!...

De hambre se muere y de frío!

¡Pan para mi hijo, pan! —

Y la pobre
Pescadora
En la arena
Se postró,
Y la espuma
De la playa
Sus cabellos
Salpicó.

En tanto la marea, veloz iba avanzando:
Las nubes se agrupaban, silbaba el vendabal,
Y muerta casi Lisa, seguía sollozando
Sin que se apercibiese del récio temporal.

Un trueno de repente llegó hasta sus oídos,
De espanto yerta y pena, la triste frente alzó...
Entonces de las olas, los cóncavos gemidos
Con su hijo entre los brazos, inmóvil escuchó.

—¡La muerte! gritó Lisa: ¡muertos, hijo mio!
Levanta, que en mis brazos no te puedo salvar....
Tambien yo siento el hambre, tambien me mata el frío..
¡Valor, hijo, ó nos traga el espasmo mar!...

Ya no escuchaba el niño: exánime, espirante,
Sobre el materno pecho, su frente se dobló...
En vez de huir la triste, asíóse á él delirante,
Y en su irritado seno el mar los sepultó!

MARIA DEL PILAR SINDÉS DE MARCO.



LOS ESCOBEROS.

¿Referimos esto? ¿Vale la pena de leerse? Si lo referiremos, porque no podemos remediar el referido. Cuando el arroyo se mueve, van sus olas á contársele á la orilla por un irresistible impulso.

Embebidors estábamos en nuestra galería, cuando sonó suavemente la campanilla: llamaban á la puerta; abrieron. ¿Quiere Vd. escobas? sonó una voz-cita infantil.

En este momento se presentó vivaz á nuestra mente la triste historia del vendedor de tagarninas, que hemos comunicado á nuestros lectores.

—Que se le compren: gritamos.

Subieron los vendedores de escobas: prestábamos atención á lo que pasaba.

—¿Cuánto quieres por una?

—Dos cuartos.

—¡Jesús, qué caras!

El regateo es la especialidad, la cátedra de elocuencia de toda compradora.

—No valen nada! prosiguió la economista, pues despreciar el género es una de las primeras reglas del arte ó ciencia del regateo.

Los pobres niños callaron, no sabían encarecer su mercancía.

—¿Quieres tres cuartos por dos escobas?

Si hubiese pedido un ochavo, le hubiesen ofrecido un maravedí.

—Ea! ligero, que tengo que hacer!...

Las escobas, que entraban por la voluntad nuestra y no de la regateadora, eran muy mal recibidas.

Los pobres niños accedieron.

—Que les den lo que piden: gritamos desde la galería.

¡Allí fué ella! la compradora se escandalizó y nos vino á predicar un sermón, que degeneró en un acta de acusación, en el que se nos confundía con nuestros propios argumentos; pues aunque tenemos un poco de poesía en el corazón y un poco de cultura en la cabeza, somos partidarios de la regla y de la economía; por consiguiente, en una adquisición dar, no solo lo que pedía el vendedor, pero aun mas, era esto un despilfarro patente, una flagrante contravención á las reglas establecidas, una prodigalidad la mas inoportuna.

Al mismo tiempo llegaban á nuestros oídos desde los corredores los murmullos de una oposición bien formulada; veíamos formarse la negra nube de un voto de censura. Nos veíamos amenazados de tener que hacer dimisión voluntaria del Ministerio de Hacienda por malversion de los fondos, como se obligaría á un menor ó á un demente.

No obstante nos armamos de valor y no desisti-

mos. Entonces las escobas en uso se acabaron de inutilizar con los violentos y corajudos impulsos que se les imprimieron; en la cocina las hornillas sopladas con una rabiosa rapidez parecieron fraguas; el mozo aguador de pura indignación y para parodiar la prodigalidad, derramó media cuba de agua fuera de las tinajas; el inocente gato llevó una patada; la insurrección bramaba en todas partes.

—Qué entren esos niños en la galería! Al oír esta orden perentoria que dimos, hubo un nuevo escándalo, y como nuestros comensales suelen ser nuestros mas rigurosos jueces, habiéndoles parecido á los ya mencionados esta orden un compuesto de arbitrariedad, estravagancia, despotismo y falta de respeto humano, ninguno tuvo por conveniente de transmitir la orden.

Es sabido que no hay nada mas *antihumilde* que un criado español, así como no hay nada mas *antialtivo* y *antidespótico* que un amo español; eso de *imbécil* y otros epítetos por el estilo, ni se le ocurre á los amos ni los criados los sufrirían. Dignidad del hombre!!! En otras partes se habla mucho de ella; solo en España es instintiva, general y práctica: basta para probar este aserto el modo de denominar á las personas pobres que entran en nuestras casas, asalariadas, para hacer los trabajos que en ellas se necesitan: los ingleses, la mas orgullosa de las naciones, las llaman *servants*, sirvientes; los franceses, mas llanos, las llaman *doméstiques*, domésticos; pero en España, y solo en España, y no porque es liberal, sino porque es católica, y altamente digna, se dice la *familia*.

Volvamos á los escoberos.

¿Cómo hemos hecho el mundo! ¿querrá creer nuestro buen lector que nos atrevíamos á repetir la orden? Por fin, con una voz que hicimos suave y humilde cuanto pudimos la formulamos en estilo de súplica.

—Por mí! dijo remilgadamente la mas autorizada, por mí! A ver como no entran aunque sea en el estrado! Ea! entrad: allí, allí, ligero!

Entraron los dos niños con sus hacecitos de escobas, que eran bien malas por cierto. Pobrecitos!... Uno tendría como cinco, otro como seis años: eran tan parecidos, que la hermandad, ese hermoso vínculo, estaba sellado en sus rostros como la misma luz en dos estrellas: eran hermosas sus caras, con grandes ojos negros, y en ellos la misma expresión de bondadosa sencillez.

—Jesús y qué inconsistentes somos!... sobre todo en la buena senda; que en la mala las pasiones nos dan consistencia y energía!... Será posible creer que las necias y ridículas murmuraciones habían paralizado un buen movimiento caritativo; nos habian, digámos así, mojado las alas del corazón!!—Increíble es, pero es cierto, ¡ay! qué débiles somos para el bien!

Y así fué que solo nos atrevimos á darles dos cuar-

tos á cada uno;—y ahora que se han ido lloramos! Si, si, lloramos aunque se ríen; ¿qué nos importa que se ríen.—No porque miremos de arriba abajo á los que se ríen, no; sino porque caminamos por tan distintas sendas, que estamos incomunicados como los dos polos.

Al recibir sus dos cuartos, ambos por un movimiento simultáneo echaron mano á su haz de escobas para darnos una en cambio: al rehusarlas y decir que eran para ellos, nos miraron con sus ojos desmesuradamente abiertos, besaron la moneda, y se fueron sin decir una palabra. Era claro que no conocían la frase *Dios se lo pague á Vd.*, ni la palabra *gracias*, porque jamás habrían tenido que usarla, y que jamás habrían recibido ningun beneficio!

Dos cuartos les dimos.—Oh vergüenza! oh remordimiento!—Dos cuartos, cuando estamos en el rigor del invierno, y los angelitos venían descalzos! Dos cuartos, cuando estamos en víspera de Navidad, la gran fiesta y apogeo de la caridad.—Dos cuartos, cuando todas las tiendas están llenas de zambombas y panderetas, todas las confiterías rebosan de turrones y golosinas, así como nuestra y vuestra despensas! Y no queréis que lloremos!! Por qué casualidad singular estaba la apestosa moneda de cobre que abominamos sobre nuestra mesa, para hacernos derramar estas amargas lágrimas, y para que podáis decir que ese Fernan que tanto predica la caridad no la practica! Pero por eso nos humillamos y os lo contamos, para que sepáis el dolor que se siente cuando se hace una mezquina y despreciable obra de caridad, pudiendo con la misma facilidad haber hecho una provechosa y como Dios manda. Esto lo contamos para animar á todos á hacerse bien alegres las santas Pascuas de Navidad haciendo caridades para festejar al Redentor.

FERNAN CABALLERO.

LA BUENA CRISTEL.

LEYENDA.

Los niños de la aldea de Walheins, en Saavia, se dirigían á la iglesia para asistir á la doctrina. Entre ellos se encontraba Cristel, pobre huérfana, que no había conocido á sus padres, y á la que recogieron unos tíos suyos.

Cuando el sacerdote había terminado la lección, despidió así á los niños: «Marchad, hijos míos, y no os olvidéis de que cada uno de vosotros debe hacer bien para agradar á Dios; lo mismo los grandes que los pequeños, los ricos que los pobres; cada uno,

según sus medios, porque no hay nadie que no pueda ser complaciente y caritativo.»

Al volver de la iglesia, la niña Cristel se puso á llorar, diciéndose:—«Yo soy demasiado pequeña para servir á nadie; nada puedo; nada tengo... ¿Cómo he de conseguir agradar á Dios?»

A fin de que no viesen sus ojos enrojecidos por el llanto, se alejó del camino; su tío la pegaba; su tía, que tenía hijos, no se ocupaba de ella; y sabiendo que nadie la echaría de menos, se recostó bajo un rosál silvestre. Pronto observó que el arbusto estaba seco, sus hojas amarillentas, y que las rosas inclinaban su cabeza tristemente.

—«Este rosál se seca, dijo la buena Cristel levantándose, porque no le riega la dulce lluvia del cielo.»

Y corriendo al arroyo, que se deslizaba cerca de allí, por tantas veces, y tanta fué el agua que llevó en el hueco de sus manecitas, que el rosál que se moría, empezó á revivir: sus hojas se agitaron, y sus rosas, levantando la cabeza, parecían sonreírla.

Cristel se puso en marcha, siguiendo un camino á orillas del arroyo, al que miraba envidiándole. —«¿Qué feliz eres, le decía, en haber podido reanimar el rosál; yo no podré agradar á Dios.»

Andando, andando, notó que una gruesa piedra impedía al arroyo correr libremente, y le hacía murmurar. Cristel tomó parte en su pena, y en menos de un minuto entró en el agua hasta media pierna. Necesitó grandes esfuerzos para remover la gruesa piedra y empujarla hasta la orilla; pero cuál no fué su contento, cuando vió al arroyo seguir libremente su curso, y á las claras ondas que parecían sonreírla.

Cristel volvió á ponerse en marcha.—«¿Qué feliz eres, decía á la piedra envidiándola, tú eres causa de que este arroyo corra dulcemente, sin obstáculos... Pero yo no podré agradar á Dios!»

Sin embargo, sintiendo despertarse el hambre, Cristel se vió obligada á volver al pueblo. Cuando llegó á las primeras casas, apercibió al pie de una cerca á un niño chiquitín; á quien su madre había dejado sobre la yerba, mientras ella trabajaba en el campo. Para divertir á su niño, que estaba enfermo, la madre le había hecho con unas tablitas muy delgadas un molinito de viento; pero como éste no soplaban entonces, el molinito no giraba, y el niño lloraba muchísimo.

Cristel se arrodilló delante del molinito y sopló con todas sus fuerzas: el molinito empezó á dar vueltas, y el niño entonces, agitó sus bracitos, levantó sus manecitas, cesó de llorar, empezó á dar gritos de alegría, y después de algunos minutos se quedó dormido.

—«¿Qué feliz eres, decía Cristel al viento, envidiándole, tú eres causa de que el niño se haya dor-

mido y de que al volver su madre le encuentre bueno!»

La buena Cristel se puso en marcha de nuevo, y no tardó en llegar á su casa. Antes de entrar oyó las voces de su tío que estaba ébrio, y empezó á temblar, porque sabía lo que iba á sucederle. En efecto, aquel hombre tenía en la mano un palo muy grueso, y la dió con él un golpe tan fuerte, que la pobre niña inclinó su bonita cabeza, exhaló un débil gemido, y cayó al suelo sin color y sin vida.

Al ver la desgracia que acababa de causar, el tío de Cristel, recobrando la razón, se puso desesperado, mientras su tía se lamentaba á gritos.

Llevaron entre los dos á la niña á un cuartito, la pusieron en su camita blanca, la cubrieron de flores olorosas, la rodearon de ramas verdes, encendieron luces... pero ¡ay! estaba muerta, y ni sus lamentos ni sus cuidados podían devolverla su existencia!

Mientras que los tíos de Cristel se acusaban de su muerte arrancándose los cabellos de desesperación, la puerta del cuartito se abrió de repente, y el agua del arroyo entró murmurando: se dirigió hácia la niña, subió, roció su pálido rostro, humedeció sus lábios y cubrió todo su cuerpo. Entonces, los cerrados ojos de Cristel se entreabrieron, é hizo un pequeño movimiento:—«Buena Cristel, la dijeron muy bajito las ondas del arroyo; tú nos has socorrido, y venimos á devolverte el bien que nos has hecho.»

Un instante después entró una rama de rosas: todo el cuarto se llenó de su perfume; la rama se acercó á Cristel; una de las rosas se posó sobre sus labios, sobre sus mejillas, y las devolvió el color. La rosa la dijo entonces:—«Tú nos has salvado cuando íbamos á morir; á nuestra vez, venimos á devolverte la vida.»

En seguida el viento abrió la ventana; se acercó á la niña, y sopló en su pecho: entonces Cristel respiró libremente; su corazón empezó á latir, y sus labios sonrieron.

En el mismo momento entró un ángel con sus anchas alas blancas:—«Soy enviado de Dios, la dijo: Cristel, hija mía, has hecho el bien que estaba en tu poder: lo has hecho sin vanidad, por lo cual, Dios te ama y me manda á decírtelo.»

Al oír estas palabras, Cristel se levantó y se hincó de rodillas delante del ángel, que desapareció dejando un largo surco de luz.

El tío, maravillado de lo que había visto, no volvió á recaer en su antiguo vicio; la tía se volvió tan buena y cariñosa, como dura y mala había sido; y los dos, desde aquel día, trataron á la huérfana con la mayor ternura.

En cuanto á la buena Cristel, creció en piedad, en caridad, en virtudes, y durante toda su vida, hizo bien... para agradar á Dios. (Imitada del alemán.)

DOLORS CABRERA Y HEREDIA DE MIRANDA.

VARIEDADES.

EL CEREZO.

En los primeros días de Marzo dijo Dios á la Primavera: levántate y vé á disponer la mesa para los gusanillos de la tierra. Entonces el cerezo principió á echar botoncitos, que muy presto se desenvolvieron en millares de hojas verdes y frescas.

Y la oruga, que había pasado el invierno durmiendo en su huevo, se despertó, y haciendo esfuerzos para despabilarse, abrió su boquita, frotándose los ojos, todavía débiles para sufrir la luz del sol.

En seguida comenzó á roer sordamente con sus menudos dientes las tiernas hojas, diciendo: ¡qué verdura tan deliciosa! pena da el dejarla.

Después dijo Dios: Ahora sirve también á las abejas. Y entonces el cerezo se cubrió de flores blancas y hermosas.

Y la abeja al verlas dirigió á ellas su vuelo desde el amanecer, diciendo: aquí veo preparado el café para mi desayuno. ¡Qué tazas tan lindas y lustrosas, no he visto mas bella porcelana!

Introduce en una y otra flor su delicada trompa; bebe á su placer, y saboreándose, dijo: ¡qué dulce está! A buen seguro que el azúcar no cuesta aquí muy caro.

Y dijo Dios al Estío: Ahora te toca á tí convidar á los pajaritos del aire, y el árbol se llenó de millares de guindas coloradas y transparentes.

Y vino el gorrion gritando: Sea enhorabuena: aquí se sienta uno á la mesa sin cumplimientos: esto me reforzará. Después se acercó el jilguero, diciendo: qué buen almibar para que mi voz adquiera timbre y pueda ejercitarse en nuevos cánticos.

Y dijo Dios al Otoño: Ahora tú puedes servir los postres, y quitar la mesa cuando todos estén satisfechos.

Entonces se levantó de la montaña un viento fresco, advirtiéndose por las mañanas un poco de rocío. Las hojas tomaron un color amarillo ó encarnado, y se fueron cayendo unas después de otras. Porque tal es el destino de todo lo que se levanta de la tierra; volver á ella.

Por último, dijo Dios al Invierno: Dáte prisa, y cubre bien todo aquello que lo necesite. Entonces el Invierno, sembrando el aire de copos de nieve, extendió sobre la tierra un manto de armiño, y se fué á acostar.

J. B.

(Balada alemana.)

LABORES.

Ya te supongo, Sofia amada, agradablemente entretenida en preparar tu bastidor para bordar el lindísimo *fichú* que te remití el día 28 del pasado. Hé ahí una obra en la que puedes lucir tus conocimientos en el bordado en blanco; una obra, que si bien te costará algunos días de trabajo, en cambio admirarán tu habilidad cuantas personas te conozcan, si en un paseo ó teatro te presentas con una labor tan rica, ejecutada por tí. Ya al mandarte el dibujo, te di alguna ligera idea sobre el modo de hacer y armar este *fichú*; hoy, que dispongo de mas tiempo, añadiré que debes bordarle á plumetis y punto de armas; que la espalda la has de hacer de una sola pieza, como te muestra la continuacion del dibujo; que tienes que coser luego los dos delanteros á la espalda por la raya del hombro, y bordar con la guarnicion, número 3, una tira de algunas varas, con la que adornarás el *fichú*, poniendo una ligeramente fruncida en la raya que va cerca del escote, al pié de la primera cenefa; otra en la que está al pié de la segunda, y por último, otra al canto del *fichú*, que queda al aire todo alrededor.

Los dos dibujos de pañuelo, que al mismo tiempo recibiste, no los olvides para mas adelante; que el uno por la novedad, y el otro por su elegante sencillez, son dignos de ocupar tu tiempo. En el que va marcado en el pliego de Febrero con el número 5, has de colocar el dibujo dejando la tela suficiente á la orilla, para hacer un jareton que volverá debajo del bordado, segun te indica la raya del grabado, y debes poner al canto de este pañuelo un encaje que le enriquecerá. El otro no tienes mas que bordarle exactamente como el dibujo.

Las labores de hoy, son una bagatela, un juguete. ¿Qué quieres? No siempre hemos de ocuparnos de trabajos largos y delicados, que si los repitó mucho, quizá lleguen á cansar tu constancia y aplicacion. ¡Jamás me lo perdonaria! Deseo que seas laboriosa por inclinacion, primorosa por recreo. Ademas, hija mia, hay mil monadas que nada valen, y sin embargo, hacen un lindo papel entre objetos mas costosos, dando una alta idea de la señora que cuida en su casa hasta de estos pequeños detalles; por esta razon te aconsejo, que cuanto antes te ocupes de la cenefa de *crochet*

cuadrado, que señala el núm. 4 del grabado, y la que te servirá para hacer unas presillas ó *abrazaderas* para sujetar las colgaduras.

Harás de *crochet*, con algodón torcido, número 24, una tira de un largo proporcionado, copiando el dibujo: tú ya sabes que los cuadros resultan de colocar unas barras debajo de otras, y no trocadas como generalmente las ponemos, que el cuadro mate se llena con tres barras, y en el calado no se hace ninguna. Cuando concluyas el dibujo cuadrado, pones á ambas orillas un feston de *crochet*, del que alguna vez te he dado la explicacion, pero que sin embargo, te la recordaré.

1.^a *Vuelta*.—Tres puntos lisos, * 4 bar., dejando dos puntos por medio en el tercero de la vuelta anterior, 1 p. lis., 1 bar. en el mismo punto que la anterior, 1 p. lis., 1 bar. & en el mismo punto que las anteriores, 1. p. lis., 1 bar. en el mismo punto, 1 p. lis., 1 bar. en el mismo punto, 3 p. lis., 1 p. d., dejando dos puntos por medio al tercero, 3 p. lis., y se repite desde la señal.*

2.^a *Vuelta*.—Un punto doble en cada uno de la anterior.

Terminada la tira, la mandas poner un broche elegante de metal para que una sus dos extremos, y tienes ya tu labor en estado de utilizarla.

Si estas abrazaderas las destinas para sujetar cortinas dobles, que sean de muselina, con otra tela de viso, ó bien que la colgadura sea de tela fuerte, forras la tira calada con otra de tela del color de la colgadura, y al par que dará consistencia á tu labor la hará resaltar doblemente.

Nuestro segundo modelo es una arandela caprichosa: solo necesitas para ejecutarla alambre, felpilla, y cuentas de cristal, y como vas á ver, se hace de un modo sencillísimo. Con el alambre, que sin ser grueso debes procurar que sea fuertecito, haces una armadura igual á la que representa el núm. 3, lo cual es muy fácil, y si no quisieras hacer por tí esta armadura, que es lo que yo te aconsejo, puedes mandarla hacer, lo que te costará una friolera, pero repito que debes hacerla tú: despues con la felpilla, haces unos puntos cruzados de alambre á alambre, atravesando y cuajando por consiguiente la hoja. Cuando la hayas cubierto toda la armadura, vistes tambien el alambre, que sirve de base, procurando ahora ocultar algun cabo que quizá te ha quedado fuera al principiar la hoja: para

adornar la arandela, haces con cuentas de abalorio una sortija ó borla, como mas te agrada, y colocas una entre cada hoja, como te las muestra la figura núm. 2. La felpilla puede ser de uno ó mas colores; por ejemplo, eliges cuatro verdes de *escala*, y haces una hoja con cada uno, ó bien pones blanco y azul, en fin, como quieras. Tambien en la ejecucion, si te agrada mas, no cruces con la felpilla el espacio que forma la hoja, sino rodéala sencillamente á la armadura, y entonces será una arandela calada; á mi, sin embargo, me gustaria mas del otro modo. Es inútil decirte que las cuentas han de ser del color de la felpilla. El núm. 2 te presenta concluida esta arandela, que estoy segura ha merecido tu agrado á primera vista.

¿Vés cómo te decia bien, que las labores de hoy son un juguete? Hay juguetes con todo que cantan nuestra imaginacion, y estas están para ti en ese caso: empezará cualquiera de ella por capricho, te distraerá mientras la ejecutas, y la dejarás en breve terminada para ocuparte de otras mas importantes, resultando de todo una labor mas, fruto de tu aplicacion, y un pasatiempo útil, que solo comprende una joven tan laboriosa como tú.

Ya cumplida por hoy mi mision, remitidos los dos modelos, y habiéndote dicho respecto á ellos cuanto creo necesario, me despido de tí, rogándote me escribas pronto, diciéndome á cuál de las labores que me han ocupado hoy has dado la preferencia, y participándome tambien tus adelantos en todos tus estudios, que ya sabes los sigue con el mayor interés tu amiga

J. G. B.

MODAS.

Nos hallamos en plena Cuaresma y, como es de rigor, los thés y los soarés han sucedido á los bailes. Los thés principiaron la estacion de invierno, y segun parece, la terminarán. La Moda ejerce su imperio, no solo sobre los trajes y adornos de sus adeptos, sino tambien sobre el género de reuniones en que aquellos han de ostentarse. El servicio de estos thés, aun de los que se anuncian con el modesto título de literarios, adquiere cada dia mas magnificencia. Una ama de casa, que sepa hacer dignamente los honores, necesita conocer sus detalles. El servicio de porcelana debe ser completo: los hay lisos, con florecitas, con escudos blasonados, con figuras egipcias ó etruscas; pero los de mas novedad tienen dibujos de cintas ó de collares de perlas, al estilo de Luis XVI; es-

los recuerdan el espléndido servicio de María Antonieta, que se conserva en Sévres.

Los adornos de cabeza ocupan un lugar muy especial en estas reuniones: entre estos prendidos se distingue el llamado á la *Veneciana*, que es una guirnalda de hojas de terciopelo verde, con racimitos de bolitas de oro; cada hoja va rodeada de un torcidillo de oro, sumamente delgado: por detrás caen sobre los hombros algunas ligeras sargas de coral.

El prendido á la *Watteau* se compone de rosas de Bengala, entre hojas verdes, con venas doradas.

Otro prendido lindísimo forma una guirnalda de camelias matizadas, cuyo ramaje brillante y sembrado de perlas, cae sobre la espalda.

Para señorita muy joven, está muy bien con el pelo en sortijillas, un adorno compuesto de enrejados de azabaches, con un ramo de rosas de Bengala á cada lado. El vestido mas aparente para este prendido seria un vestido de tarlatana blanco con doble falda, adornadas de un simple jareton; en el pecho se coloca un ramo de rosas, y una de estas flores en cada manga.

Los *fichús* tambien hacen gran papel en estos soarés. Hay el fichú *Antonietta*, el fichú *Maintenon*, el fichú *Pompadeur*, el fichú *Céfiro*, y otra infinidad de fichús-pelerinas que sirven de adorno para los vestidos cerrados. Cada uno de ellos tiene su aire y guarnicion especial, acomodada á su nombre. El fichú *Céfiro* se compone únicamente de guarniciones pequeñas de tul, ribeteadas de una cintita de un color delicado: es un adorno económico, y al mismo tiempo de tanta frescura como ilusion, porque el tul cubre la espalda, con un nevado delicioso.

Los hermosos dias que han reemplazado á la cruda temperatura del Carnaval, atrae á los paseos una numerosa y brillante concurrencia. El círculo aristocrático llena con sus suntuosos carruajes las alamedas que conducen á la Castellana, viniendo á terminar la tarde á las sillas colocadas en el Dos de Mayo. Allí ostentan á pié trajes de tanto gusto en su coste, como riqueza en sus telas: en las de seda los muarés antiguos, negros y de colores, continúan en favor, alternando con los tejidos brochados, bien en disposiciones de volantes ó de listas anchas para falda lisa. El color gris, bien sea liso ó bien jaspeado, es el que se anuncia como favorito para la primavera.

Una deliciosa novedad, tambien primaveral, tan joven y fresca como nuestras lectoras, es indispensable con los cuellecitos tan pequeños y monos que se llevan sobre vestido cerrado. Es una corbatita parisien-se, verdadera corbata de un *dandy*, con su lacito á lo Jockey-Club. Esta corbata, cuyo color debe guardar armonia con alguno de los del vestido, se borda de cuentas de abalorio y se guarnece de encaje.

AURORA PEREZ MIRON.

MADRID: 1857.—Imp. de M. Campo-Redondo.—Huertas, 42.